

LIBRO III.

DESDE LA DESTRUCCION DE LA NACION JUDÍA EN 137, HASTA
FIN DEL SIGLO II.

El Papa San Telésforo, que gobernaba la Iglesia hacia once años, fué martirizado en el primero del reinado de Antonino, á principios del 139. San Ireneo le cuenta por primer mártir entre los Papas despues de San Pedro, aunque segun toda apariencia otros hubiesen merecido ya este título, si no por su muerte, á lo menos por su valor en sufrir las persecuciones en honra y nombre de Jesucristo. San Higino, que le sucedió, murió el año 142, y fué reemplazado por San Pio, que ocupó quince años la silla apostólica y tuvo por sucesor á San Aniceto.

Bajo el pontificado de Higino, fué á Roma el herejara Valentin, y de allí á poco fué excomulgado. Habia nacido en Egipto hacia el principio del siglo II, y estudiado las letras humanas y todos los sistemas de la filosofía griega y oriental en las escuelas de Alejandria. Primero pareció católico y vivió mucho tiempo en la comunión de los fieles, ya porque disimulase sus errores, ó porque no hubiese perdido aún la fé; pero no habiendo podido conseguir una silla episcopal que ambicionaba, el despecho y la venganza le llevaron desde luego á combatir la doctrina de la Iglesia. Creese que en Chipre fué donde empezó á dogmatizar públicamente, despues de haber esparcido en secreto las primeras semillas de su heregia en Egipto y tal vez en Roma. Es incierta la época de su muerte; pero es probable que ocurrió despues del año 160.

El sistema de Valentin no era mas que una ampliacion de los principios de Simon el Mago, de Basilides y de los otros gnósticos, es decir, una mezcla de desvarios á veces incoherentes é ininteligibles, tomados por una parte de la filosofía de Pitágoras ó de Platon, y por otra de la filosofía oriental. Clemente de Alejandria, Orígenes, Tertuliano y San Ireneo, que refutaron sus errores, todos convienen en referirlos de la misma manera, sea ateniéndose á sus obras, sea con arreglo á las de algunos discípulos suyos; de modo que no es posible ponerlos en duda, por absurdos que parezcan.

El objeto principal de este heresiara, como el de todos los gnósticos, era sujetar el dogma del cristianismo al dominio de la razon, y libertar al hombre de todos los deberes que pueden imponer sacrificios á la naturaleza. Con este fin convertia la Santa Escritura en alegorías para acomodarla á sus ideas, ó desechaba lo que le parecia tan positivo que no se prestaba á interpretaciones arbitrarias. Despreciando la simplicidad de la fé, se jactaba de explicar todo lo que el cristiano se contenta con creer, y daba el nombre de ciencia

á las extravagancias de una imaginacion delirante. Suponia que en la mansion eterna de la luz donde reside la divinidad, ésta, difundíendose, habia producido por medio de emanaciones sucesivas una larga genealogía de personas ó de inteligencias inmortales que participaban de la naturaleza divina; y á eso llamaba *cones*, de una palabra griega que expresa la eternidad, abusando así de un nombre que se halla con frecuencia en la Escritura. Estos *cones* eran treinta, unos machos y otros hembras, divididos en tres órdenes y nacidos los unos de los otros. El primero era la profundidad, que llamaba él tambien el primer ser y el primer padre. Este ser habia permanecido desconocido mucho tiempo en el reposo y en el silencio, sin tener consigo mas que el pensamiento, que era como su esposa. De su union habia nacido el entendimiento y la verdad; y estos habian engendrado el verbo y la vida, que produjeron á su vez el hombre y la Iglesia. Estos últimos dieron existencia á doce *cones*, entre los que estaban la perfeccion y la sabiduría; y por su parte el verbo y la vida engendraron otros diez; lo que completaba el número de treinta. Todos juntos formaban lo que Valentin llamaba la plenitud. La sabiduría, que era el último de los *cones*, habia hecho un esfuerzo para salir de esta plenitud, esperando llegar así á conocer al primer padre; pero la habia detenido una virtud ó potencia designada con el nombre de término ó de límite; y para precaver cualquier otra tentativa de esta clase, el entendimiento habia producido otra vez otras dos potencias, *Cristo* y el Espíritu Santo, que habian asegurado la morada de los *cones*: despues estos habian dado la existencia á Jesus que se distinguia de Cristo; pero que llevaba su nombre, como reunia tambien en sí los nombres y perfecciones de todos los demas, porque todos habian contribuido á producirle.

Por lo demas, Valentin no atribuia al primer ser ni el conocimiento de todas las cosas, ni la providencia universal. El mundo no era obra suya, sino de un ser inferior designado con el nombre de obrero ó *demiourgos*, que existia fuera de la morada de los *cones*, y que debia su origen á una sustancia imperfecta que tambien habia sido producida fuera de dicha morada, por el esfuerzo desordenado que la sabiduría habia hecho para salir de allí. Porque de ahí habia resultado un ser enfermo, cuyos diversos movimientos habian producido los elementos de la materia; y estos habian sido separados y puestos en orden por un obrero que tenia el mismo origen. Este *demiourgos* habia hecho los siete cielos planetarios, y los dominaba; pero no conocia nada de lo que habia encima de él. Por eso se llamaba único Dios, y habia hecho que le adorasen como tal los judíos á quienes habia enviado profetas. Así los valentinianos desechaban el antiguo Testamento como obra de aquel artifice creador, enemigo del Dios verdadero. Otros espíritus inferiores que animaban los astros y las diferentes partes del universo, lograron que



los adoraran tambien los paganos; de modo que el verdadero Dios habia estado ignorado de los hombres, hasta Valentin. Jesus, ó el Salvador, habia venido á la tierra para destruir estos errores; pero habiendo resuelto las potestades del mundo crucificarle, habia dejado el cuerpo á que estaba unido, y por consiguiente no habia padecido sino en apariencia.

Seria inútil contar menudamente los errores que son comunes á este heresiarca y á los otros gnósticos. Solo añadiremos que distinguía tres especies de sustancia, una terrestre y material, de que se componen los cuerpos; otra animal y sensitiva que es el principio de la vida, y en fin, una tercera que llamaba espiritual, aunque segun toda probabilidad no fuese sino una materia algo mas sutil que las otras dos. El hombre, segun él, se componia de estas tres sustancias; pero la tercera necesitaba extenderse y desprenderse en cierto modo de las dos primeras, para que el hombre pudiera alcanzar su perfeccion. Entonces se hacia todo espiritual y no tenia necesidad de fé, supuesto que poseia la ciencia perfecta, ni de buenas obras, una vez que poseia la plenitud del bien. Con arreglo á estos principios, los valentinianos despreciaban todos los mandamientos y se dejaban arrastrar sin escrúpulo de todas las pasiones. Las buenas obras no podian ser útiles sino á aquellos en quienes dominaba aún la parte animal, ó que continuaban bajo el imperio de los sentidos, tales como los católicos segun ellos, á quienes por esta razon llamaban los valentinianos *psíquicos*, de la palabra griega que expresa simplemente la vida, mientras que á sí propios se daban el dictado de *gnósticos* ó inteligentes.

Parece asombroso que unas invenciones tan absurdas encontrasen partidarios; pero se ve la razon en lo que nos manifiestan San Ireneo y Tertuliano. Los valentinianos se vanagloriaban de ser cristianos y mas perfectos que los otros; apoyaban sus errores con interpretaciones de la Escritura, que decian haber aprendido de algunos discípulos de Jesucristo, y que no se habian divulgado, sino comunicado únicamente á unos cuantos capaces de entenderlas; de manera que el que se adhería á ellos, parecia que se elevaba sobre la multitud. Representaba á los católicos como preocupados é ignorantes, que tenian necesidad de creer porque eran incapaces de comprender; ponderaban al contrario como hombres privilegiados á los que los habian instruido en las profundidades de la ciencia, y prometían á sus prosélitos luces brillantes é inesperadas. Luego que seducían á algunos iniciados con el atractivo de la curiosidad, exigían un secreto rigoroso, y no revelaban sino sucesivamente y despues de muchísimo tiempo los misterios ocultos de su doctrina; de modo que sus discípulos, una vez ganados con promesas pomposas, eran detenidos constantemente por el deseo y la esperanza de alcanzar un dia el conocimiento cabal que los mas antiguos se jactaban de poseer. Por otro lado, como condenaban el martirio, permiti-

tian asistir á las fiestas y sacrificios de los paganos, dispensaban de las buenas obras, y justificaban las acciones mas infames, se concibe fácilmente que esta doctrina debia ofrecer un poderoso atractivo á todos los hombres débiles ó poco ilustrados, que encontrando así el medio de satisfacer sus inclinaciones, mostraban poca repugnancia en cuanto al fondo del sistema. En cuanto á lo demas, los valentinianos no desechaban los milagros de Jesucristo, ni aun negaban la autenticidad de los cuatro Evangelios, aunque casi despreciaban á los apóstoles; sin embargo, adoptaban con preferencia el Evangelio de San Juan, sobre el cual un discípulo de Valentin llamado Heracleon, hizo un comentario de que Origenes ha conservado algunos extractos.

No tardó la secta de los valentinianos en dividirse en varias ramas, y antes de concluir el siglo II, produjo una multitud de sectas particulares que recibieron nombres diferentes, y que aunque conservaban la misma doctrina en el fondo, la modificaban mas ó menos considerablemente en ciertos puntos. Segundo y Tolomeo, discípulos de Valentin, añadieron algunos *cones* á los de su maestro; un cierto Teodoro enseñó expresamente que los ángeles, los demonios y las almas humanas son de una naturaleza corporal, y que el curso de los astros determina todas las cosas de este mundo, aun las acciones de los hombres. Heracleon, que no tanto se distinguió por ideas propias, cuanto por palabras nuevas, usaba para los moribundos de ciertas uniones hechas con agua y aceite mezclados, pronunciando al propio tiempo algunas oraciones en hebreo; con lo que intentaba hacer á aquellos, invisibles á las potencias inferiores, á fin de que éstas no pudiesen detenerlos y oponerse á que se elevaran á la region de los espíritus. Colarbaso determinaba el número de los *cones* por las letras del alfabeto griego, y sometía tambien á la influencia de los siete planetas el nacimiento y la vida de los hombres. Márcos, su discípulo, ó segun otros su maestro, amplió el mismo sistema, y dió su nombre á otra secta por el año 170. Admitía como primer principio de todas las cosas un ser soberano, que segun él era un compuesto cuádruplo del inefable, del silencio, del padre y de la verdad, y que despues habia producido los otros *cones* por la eficacia de su palabra. Suponia, por consiguiente, que las palabras tenian una virtud, una fuerza natural, y de ahí deducia que logrando combinar las letras de manera que reprodujesen las palabras pronunciadas por aquel primer ser, se podia participar de su poder y obrar prodigios mandando á los espíritus que animan á toda la naturaleza. Su sistema, pues, estribaba todo en las supuestas propiedades de las letras y de los números, y no era mas que una mezcla de los desvaríos de la cábala y de las opiniones de Pitágoras. Conforme á estas ideas, recomendaba las prácticas de la magia á que se dedicaba él tambien. Un prestigio que ejecutaba sin duda por medio de alguna operacion química, hizo creer facilmente

te que había hallado en efecto el secreto de obrar milagros. Ponia agua y vino en un vasito, y despues de pronunciar algunas palabras misteriosas, echaba el licor en un vaso mas grande que llenaba todo, y hasta que se vertia por una especie de hervor; y como entonces tomaba un color mas oscuro, suponía que se había convertido en sangre. Hacía que unas mugeres obrasen este prodigio fingido, para persuadirles que les comunicaba un poder sobrenatural; despues, con algunas pociones capaces de perturbar los sentidos, á que añadía invocaciones y ademanes extravagantes, exaltaba la imaginacion de las mugeres, que se creían capaces de profetizar. Así logró seducir á muchas, abusando de ellas para satisfacer sus pasiones; porque á ejemplo de los otros gnósticos, ponía entre las cosas indiferentes las acciones mas infames. Los sectarios de Marcos iniciaban á sus discípulos, ya por invocaciones pronunciadas sobre un tálamo nupcial, ya por fórmulas hebraicas, á veces por la administracion del bautismo en nombre del ser desconocido, padre de todas las cosas, en nombre de la verdad, madre de todo, y en nombre del poder que bajó á Jesus. Sin embargo, algunos miraban como inútiles todas estas ceremonias, afirmando que el conocimiento de su doctrina obraba la verdadera redencion, y que no se podía figurar con signos exteriores el misterio de las cosas espirituales é invisibles. Admitieron con especialidad este principio, aquellos á quienes se dió el nombre de arcónticos á fines del siglo II, porque establecian un principado ó un arconte particular para presidir cada uno de los siete cielos planetarios. Desechaban el bautismo y los otros sacramentos como símbolos materiales, que no podían convenir sino á los espíritus ignorantes y sensuales. Todo esto, así como la ley, había tenido por autor al arconte ó al Dios Sabaoth, que reinaba en las cielos inferiores, y no se podía hacer caso de ello luego que se llegaba á adquirir el conocimiento del Dios inefable. El Dios Sabaoth era el que había engendrado al diablo, y éste había producido á la muger, por la que entró el mal en el mundo.

Otras sectas de gnósticos, originarios de la escuela de Valentin, fueron señalados tambien con nombres relativos á algunos de sus dogmas particulares. Los ofites ó serpentinos fueron así llamados á causa del culto que tributaban á la serpiente, porque se figuraban que Cristo ó la sabiduría, había tomado la forma de dicho animal para ilustrar á los primeros hombres, enseñándolos á despreciar las leyes del demiourgos criador del mundo. Mantenian en una especie de jaula una serpiente domesticada, á la que abrían la puerta mientras la celebracion de sus misterios, y subiendo entonces el animal sobre una mesa, y enroscándose al rededor de los panes que había en ella, se acercaban los asistentes á besar y adorar á la serpiente, y luego se repartian los panes consagrados con su contacto. Esta secta parece que tuvo su origen entre los judíos, y se dividió despues en dos ramas distintas, la de que acabamos de hablar, y

otra, que no queriendo admitir ninguna mezcla de cristianismo, hacia, por el contrario, profesion de maldecir á Jesucristo. Los sethinos honraban particularmente á Seth, hijo de Adán, como que había sido producido por la gran virtud de Dios, es decir, por el primero de los *eones* emanados del Ser Supremo, mientras que los otros hombres eran obra de los ángeles subalternos. Añadían que su alma había pasado á Jesus, de modo que éste no era diferente del mismo Seth. Los cainitas recibieron este nombre, por la veneracion que daban á Cain y á todos los que la Escritura condena, como Esau, Coré, los sodomitas y el traidor Judas. Afirmaban que todos estos impíos habían merecido la gloria celestial combatiendo la potestad inferior ó el *demiourgos*, autor del mundo y de la ley dada á los judíos. Todas estas sectas admitian ademas, como hemos dicho ya, los otros principios que constituian el fondo y el carácter general de la heresia de los gnósticos. Algunas duraron muy poco tiempo, y las otras fueron desapareciendo sucesivamente antes de concluir el siglo IV; de suerte que la secta de los valentinianos se redujo entonces á tan corto número de miembros, que pudo considerársela como extinguida.

En el tiempo mismo en que Valentin propalaba sus fábulas, Cerdon y Marcion esparcian tambien en Roma otra heresia, análoga algun tanto á la de los gnósticos; pero que se diferenciaba de ella en puntos esenciales. Estos dos heresiarcas eran originarios del Asia, y se adhirieron al sistema de los dos principios, segun la doctrina ya enseñada por Saturnino, y ampliada mas adelante por los maniqueos. Todo lo que se sabe de Cerdon es, que habiendo venido de la Siria á Roma, bajo el pontificado del Papa Higinio, residió allí algun tiempo propagando secretamente sus errores, y abjurándolos despues para volverlos á abrazar de nuevo; y que separándose dos veces de la comunión de los fieles, solicitó una nueva reconciliacion, y murió antes de haberla conseguido. Marcion había nacido en la provincia de Ponto, y era hijo de un obispo católico, que le expulsó de la Iglesia por haber mantenido un trato criminal con una vírgen. Movido mas del castigo que del crimen, y avergonzado de las humillaciones que tenía que sufrir, hizo las mas vivas instancias á su padre para alcanzar el perdón; pero no habiendo podido vencerle ni reunirse á la Iglesia tan pronto como lo deseaba, tomó el partido de ir á Roma, donde esperaba encontrar mas facilidad é indulgencia. Llegó allá despues de muerto el Papa Higinio, y se dirigió á los mas antiguos del clero, que no quisieron admitirle en su comunión sin el consentimiento de su padre. Arrebatado entonces de despecho, les dijo cólerico: "Yo despedazaré vuestra Iglesia, é introduciré en ella una division eterna." Unióse, pues, con el heresiarca Cerdon, adoptó sus errores y los enseñó abiertamente en varios puntos, dando nombre á su secta. Se cree

que recorrió sucesivamente el Egipto, la Siria y el Asia menor; pero residió mas tiempo en Roma, donde dogmatizó con particularidad bajo el pontificado de San Aniceto.

Consistía el punto fundamental de su sistema, como acabamos de decirlo, en admitir dos principios de todas las cosas, uno bueno y otro malo. Sin embargo; atribuía al primero mayor poder, y le hacía autor de un mundo invisible y producido por emanaciones diversas; de modo, que bajo este respecto se adhería á todos los desvarios de los gnósticos sobre la generacion de los *cones*; pero se desviaba de ellos en no referir á éstos el origen de su Dios criador, de quien hacia un principio existente por su naturaleza. Este segundo principio era el autor del mundo visible, que habia formado disponiendo la materia eterna como él; y para sujetar las almas á su imperio, habia hallado medio de aprisionarlas en los cuerpos, que debían arrastrarlos al mal por la violencia de las pasiones. En consecuencia, Marcion se declaraba enemigo de la carne, y obligaba á sus sectarios á combatirla con la abstinencia del vino y de las carnes, á buscar la muerte corriendo por sí mismos al martirio, y á ayunar el día del sábado en odio al Criador. Condenaba tambien el matrimonio por el mismo motivo, é imponía la continencia como un deber rigoroso, no dando el bautismo sino á los que prometían guardarla. Finalmente, negaba la resurreccion de los cuerpos, y admitía la metempsícosis para las almas que no habian sabido hacerse superiores á los sentidos. Como Marcion atribuía al principio malo la ley dada á Moisés, la desechaba con todo el antiguo Testamento, y afirmaba que Jesucristo habia sido enviado para combatir el poder del Criador, oponiéndose á todo lo que venia de él, y que habia bajado á los infiernos, no para salvar á los justos que habian observado la ley, sino á Cain y á todos los pecadores condenados por la Escritura como enemigos del Dios de los judíos. Infería de ahí, que no debiendo participar nada del Criador, Jesucristo no habia tenido cuerpo real, y que su nacimiento, su pasion y todas las circunstancias de su vida, habian sido aparentes. Marcion procuraba probar todos estos errores con algunos pasages del Evangelio, y habia compuesto una obra con el título de *Antiteſis*, para mostrar las oposiciones que decia existían entre el antiguo y el nuevo Testamento.

La secta de los marcionitas hizo rápidos progresos y duró por espacio de algunos siglos; pero como todas las otras, se dividió muy pronto, á resultas de las variaciones que introdujeron los discípulos de Marcion en su doctrina. Apeles, el mas célebre entre ellos, fué expulsado por un pecado de incontinencia, y huyendo de la vista de su maestro, se retiró á Egipto, y se hizo gefe de una secta particular que llevó su nombre. No admitía mas que un primer principio, del cual habian emanado varias potencias, y una entre otras que habia formado el mundo visible por el modelo de un mundo su-

perior, cuya perfeccion, sin embargo, no habia podido alcanzar. Daba el nombre de Dios á esta potencia creadora, como tambien al primer principio, y la consideraba como la verdadera causa del mal, aunque la suponía mas bien imperfecta que mala. En cuanto á Jesucristo, no le daba simplemente la apariencia de un cuerpo como Marcion, sino que decia que al bajar á la tierra el Hijo de Dios, se habia formado un cuerpo aéreo, cuyos elementos habia tomado en los diferentes cielos; y que despues de su resurreccion habia restituido á cada cielo los elementos que de él provenian; de modo que el espíritu solo habia vuelto al sano de la divinidad. Refería al principio bueno el origen de las almas, y creía que el Criador las habia encerrado en cuerpos de diferente sexo, porque ellas mismas presentaban una diferencia semejante. Para autorizar estas aberraciones, publicaba revelaciones fingidas de una doncella llamada Filumene, que se decia inspirada, y que habia grangeado la fama de profetisa con el auxilio de ciertos prestigios. Ademas, aparentaba en su vejez gran severidad de costumbres; pero aunque conocía muy bien el poco fundamento de sus errores, el orgullo no le permitió volver á abrazar la doctrina del Evangelio. Un día que Rodon, doctor católico, le habia estrechado fuertemente en la disputa, hasta el punto de hacerle confesar que se adhería á sus principios antes por instinto que por razon, se vió reducido á decir que era menester no examinar la religion: que cada uno debia permanecer firme en la creencia que una vez habia abrazado, y que todos los que hubieran puesto su confianza en Jesucristo, se salvarían con tal que hubiesen hecho buenas obras.

Otros discípulos de Marcion agregaron á los dos principios admitidos por él, otro tercero, que no era ni enteramente bueno ni enteramente malo, y que miraban como el criador del mundo y el autor de la ley mosaica. Suponíanle en guerra perpetua con el principio malo, añadiendo que uno y otro eran, sin embargo, opuestos al principio bueno, cuyo nombre y gloria querían usurpar igualmente. Para librar á los hombres del imperio tiránico de estas dos potestades, el Dios supremo habia enviado á su Hijo revestido de un cuerpo aparente, á fin de hacerle visible; pero aquellas se habian reunido para perseguir á Jesucristo, aunque sin lograr hacerle daño por lo mismo que su cuerpo no era real. Segun estos hereges, las almas que habian abrazado la doctrina de Jesucristo, formaban el imperio del principio bueno, mientras que el criador mandaba á los judíos, y el principio malo á los gentiles. San Justino, San Ireneo y algunos autores, cuyas obras se han perdido, impugnaron estos errores extravagantes. Tertuliano sobre todo los refutó con mucha extension en su tratado contra Marcion.

Aunque bajo el reinado de Antonino no se nota persecucion general, los cristianos no dejaron de ser perseguidos en diferentes parages, so pretexto de ateísmo; porque los Pontífices paganos y la

multitud de ministros subalternos, cuya suerte estaba ligada al sostenimiento de la idolatría, empleaban ordinariamente esta acusación para excitar sublevaciones contra ellos, representando su impiedad como la verdadera causa de todas las calamidades públicas. Para justificarlos, pues, escribió San Justino una célebre apología, que ha llegado hasta nosotros. Este filósofo cristiano había nacido á principios del siglo II en Siquen, llamada también Flavia Neapolis, en la Samaria; sin embargo, era pagano y griego de origen, y se cree que tenía unos treinta años cuando abrazó la religión cristiana. Antes de su conversión, se había entregado con ardor al estudio de la filosofía, y experimentando sucesivamente todas las sectas, al cabo se adhirió á la de Platon que le satisfacía mas, porque parecia que desprendia el alma de las cosas sensibles, y le daba la esperanza de llegar pronto á la contemplación inmediata de la divinidad. Un día que se paseaba á la orilla del mar buscando la soledad para meditar mas tranquilamente, encontró á un anciano venerable que le dirigió la palabra é hizo recaer insensiblemente la conversacion sobre las cuestiones mas serias; dióle á conocer la vanidad de los conocimientos fundados en las especulaciones filosóficas, y la necesidad de buscar la verdad en origen mas elevado; porque le manifestó que la ciencia verdadera no debe limitarse á discursos, sino dirigirse á las obras y á la práctica: que Pitágoras, Platon y los demás sábios del paganismo, no habían conocido bien ni la naturaleza de Dios, ni la del alma, ni el destino del hombre, añadiendo que los profetas inspirados de Dios, eran los únicos que habían anunciado al mundo todas las verdades necesarias, y que las habían probado con predicciones cumplidas y con milagros visibles, de modo que las apoyaban con una autoridad manifiesta, y no con una serie de razonamientos que se ocultan á la penetración del pueblo. Este discurso despertó en San Justino los deseos mas vivos de estudiar las divinas Escrituras, y abriéndole los ojos la luz de la gracia á medida que meditaba los libros santos, no tardó en conocer lo absurdo del paganismo y la verdad de la religión cristiana. La constancia de los mártires fué tambien otro motivo poderoso que determinó su conversión; y el desprecio que hacian de la muerte y de los suplicios mas crueles, sirvió de hacerle entender la falsedad de las calumnias divulgadas contra los cristianos, porque le pareció imposible que unos hombres que consentian así perder la vida en vez de rescatarla con una retractación, estuviesen sumergidos en el vicio ó en la voluptuosidad.

Hecho cristiano San Justino, conservó la capa de filósofo que llevaban la mayor parte de los que profesaban las ciencias ó observaban una vida mas austera; y con este traje enseñó las verdades del cristianismo, sin temer ni las violencias de los perseguidores, ni el ódio ó el desprecio de los paganos. Recorrió la Italia, el Egipto, y algunas provincias del Asia, para propagar la

doctrina evangélica y atraer los pueblos al conocimiento de la religión verdadera. En Roma, donde parece que hizo su residencia ordinaria, abrió una escuela de filosofía cristiana, para instruir á cuantos iban á escucharle; aprovechando con alegría todas las ocasiones de conferenciar con los judíos ó los gentiles, y responder á las diversas cuestiones que le proponian. A los primeros oponia el testimonio de los profetas, y combatía á los otros con la autoridad de sus filósofos y de sus poetas, porque era tan hábil en las ciencias profanas, como en el conocimiento de las Escrituras, segun se ve por la erudición de toda especie que se observa en sus obras.

Hacia el año 150 compuso su gran apología en favor de los cristianos, y la dirigió al emperador Antonino y á sus hijos adoptivos. En ella declara su nombre, el de su padre y el lugar de su naturaleza, despues de lo cual empieza así con una firmeza noble y animosa: «La razon nos enseña que los que son verdaderamente piadosos y filósofos, no estiman ni buscan mas que la verdad sin arredrarse por las opiniones de los antiguos cuando de ella se desvian. Por todas partes os llaman piadosos y filósofos: se dice que observais la justicia y amais la ciencia: por los efectos se verá lo que ha de creerse de esto; porque no tratamos de disimularnos nada en este escrito, sino pedirnos una justicia exacta y rigorosa, fundada en las reglas de la equidad y no en las preocupaciones, las pasiones, las calumnias ó las prevenciones supersticiosas de los que nos acusan. Háganse informaciones contra nosotros; y si prueban los crímenes que se nos imputan, castiguenos como ellos merecen, y aun mas severamente; pero si no se descubre nada criminal en nuestra conducta, la razon os prohibe condenar á inocentes por acusaciones vagas, y por complacer á una multitud ciega.»

San Justino, examinando y combatiendo los diversos pretextos de que se valian para acusar á los cristianos, demuestra primero cuán injusto es perseguirlos por su nombre solo, que no pueden confesar sin ser castigados, aunque baste negarlo para ser absuelto; de modo que se librarian del suplicio si tuvieran menos virtud y no prefirieran la muerte á una vida comprada con la mentira. Pasa despues á destruir las sospechas que propendian á pintarlos como enemigos del imperio. «Cuando se os cuenta, dice, que nosotros esperamos un reino, creéis sin discernimiento que se trata de un reino terreno, aunque sea fácil de entender que hablamos del del cielo: porque el sacrificio que hacemos de nuestra vida perseverando en declararnos cristianos, nuestra bien claramente que nuestras esperanzas se extienden mas allá de este mundo. Si os dignárais de examinar nuestros principios y nuestra conducta, os convenceríais de que no hay ciudadanos mejor dispuestos que nosotros á conservar la tranquilidad pública, supuesto que creemos expresamente que nadie puede ocultarse á los ojos de Dios, ni el malvado, ni el avaro, ni el traidor, ni el hombre de bien, y que debe juzgar-

nos un día y castigarnos ó recompensarnos segun el mérito de nuestras acciones."

Para responder á la acusacion de ateismo, expone la fé de los cristianos, que reconocen por Dios verdadero el Ser eterno é infinito, Criador de todas las cosas, con Jesucristo su Hijo, crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, y el Espíritu Santo que habló por los profetas. Despues ensalza la gloria, y prueba la divinidad de Jesucristo por la sublimidad de su doctrina, por los efectos de su gracia, por sus milagros, por su resurreccion, y finalmente por el cumplimiento de las profecias. "No puede, dice, tratarse á los cristianos de locos porque adoran á un hombre crucificado, pues que es al mismo tiempo la sabiduría suprema que muda enteramente á los que se llegan á él. En otro tiempo no buscamos mas que el deleite y la disolucion: ahora solo amamos la pureza: no buscamos mas que los medios de enriquecernos: ahora hacemos nuestros bienes comunes, ó si los conservamos es para hacer participantes de ellos á los que lo necesitan. El espíritu de venganza y de odio que reinaba entre nosotros, se ha extinguido para dar lugar á una caridad universal que se extiende hasta nuestros enemigos: pedimos por ellos para que participen como nosotros de las promesas divinas: ejercemos la hospitalidad con todo el mundo, cuando antes se limitaba á nuestros parientes y compatriotas." Despues de referir los preceptos de la moral de Jesucristo sobre el amor á los enemigos, sobre el perdon de las injurias, la limosna y la castidad, qué reprobaba aun los pensamientos, añade: "Esta admirable doctrina ha producido tales efectos, que entre las personas de ambos sexos imbuidas en ella desde su niñez, hay muchas de 60 y mas años que han guardado toda su vida la pureza del celibato, y puedo señalar algunas en todos estados y condiciones. En cuanto á los que han pasado de la disolucion á una vida ordenada, es infinito el número."

San Justino no teme invocar la autoridad de los filósofos para dar á conocer mejor la verdad de los dogmas cristianos sobre la inmortalidad del alma, las penas y las recompensas de la vida futura. Manifiesta tambien que las fábulas de los paganos acerca del nacimiento de sus dioses, de los trabajos de algunos y de las pasiones de todos, eran demasiado absurdas y ridículas, para que se atrevieran los que las admitian, á despreciar la fé de los cristianos. Enseña que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios: que ha sido engendrado como su Verbo, su primogénito y su virtud omnipotente; y que si ha consentido en encarnarse segun la voluntad del Padre por salvar á los que creyeran en él; si ha padecido humillaciones y la muerte, no ha sido por necesidad, sino voluntariamente, y á fin de vencer la muerte con su resurreccion. Explicando despues las profecias que conciernen á Jesucristo, remite á las actas de Pilato para probar su cumplimiento, así como la realidad

de los milagros obrados por el Hijo de Dios. Insiste sobre las profecias que miran á la ruina de Jerusalem, á la reprobacion de los judíos y á la conversion de los gentiles, porque su cumplimiento visible y reciente ofrecia una prueba manifiesta en favor de la religion. "Pero no sucede así, dice, con las fábulas de vuestros poetas, de que no se puede dar ninguna prueba; al contrario, es fácil demostrar su falsedad. Dice tambien que los demonios habian hecho que se prohibiera so pena de la vida, la lectura de los libros de las Sibilas ó de los profetas, para que el temor de la muerte estorbare á los hombres conocer la verdad; lo que no nos impide, añade, leer osadamente los profetas y hasta alegaros su autoridad."

Despues de esta exposicion de la doctrina cristiana y de las pruebas que la establecen, se queja San Justino de que los cristianos son los únicos á quienes se persigue, mientras que se consienten todas las demas religiones: "Es permitido, dice, adorar árboles, rios, gatos, cocodrilos ú otros animales: cada nacion tiene sus dioses diferentes, y los honra con culto propio; de modo que las victimas y los sacrificios varian segun los lugares, y todos los pueblos son impíos unos con respecto á otros. Sin embargo, el gran error que nos haceis, es que no adoramos los mismos dioses que vosotros, y que no ofrecemos á los muertos ni libaciones, ni coronas, ni sacrificios." Añade que se tolera igualmente á los sectarios de Simon Mago, á quien se ha honrado con una estatua, á los de Menandro, de Marción y otros herejes acusados de las infamias mas vergonzosas. En cuanto á los verdaderos cristianos, demuestra con la santidad de sus máximas y con su conducta exterior, que no pueden ser culpables de tales abominaciones, y hace notar al mismo tiempo cuán distantes están de los vicios monstruosos tolerados públicamente entre los paganos.

Faltaba justificar á los cristianos tocante á sus reuniones que servian de pretexto, segun se ha visto, para odiosas calumnias; por este motivo no vacila San Justino en revelar su secreto, aunque ordinariamente no era permitido hablar de ellas delante de los que no eran cristianos: "Debo ahora, dice, exponeros de qué manera somos renovados en Jesucristo y consagrados despues á Dios, para que no se sospeche que disimulamos de intento estos misterios como criminales y sacrilegos. Cuando alguno, persuadido de nuestra doctrina, promete llevar una vida conforme á ella, le obligamos primero á ayunar, á orar para conseguir el perdon de sus culpas pasadas, y nosotros ayunamos y oramos tambien con él: despues le conducimos á un parage donde hay agua, á fin de regenerarle del mismo modo que lo hemos sido. Le lavamos en el agua en nombre de Dios Padre, criador y dueño del universo, en nombre de Jesucristo, nuestro Salvador, y del Espíritu Santo: llamamos este bautismo *iluminacion*, porque las almas reciben en él la luz de la fé.

"Despues de esta ablucion, llevamos al nuevo fiel al lugar donde

están congregados los hermanos, y hacemos en comunidad fervientes oraciones, tanto por nosotros mismos y por el recién bautizado, cuanto por todos los hombres en general. Acabadas las oraciones nos saludamos con el beso de paz. En seguida se presenta al que preside, pan y un cáliz con vino y agua mezclados. Luego que toma uno y otro, glorifica al Padre en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y le da largamente las gracias por los dones que recibimos de su bondad. Cuando se terminan las oraciones y la acción de gracias, todos los asistentes responden en alta voz *Amen*, palabra hebrea que quiere decir Así sea, manifestando con esta aclamación que toman parte en los votos y en las bendiciones del pastor: después los que llamamos diáconos ó ministros, distribuyen á cada uno de los fieles el pan y el vino consagrados, que llevan también á los ausentes. Este alimento ha recibido el nombre de *Eucaristía*, y solo se permite participar de él á los que creen la verdad de nuestra doctrina, que han sido regenerados por el bautismo, y viven conforme á los preceptos de Jesucristo, porque no le tomamos como un pan común y una bebida ordinaria, sino que sabemos que habiendo sido consagrados por las palabras que el Verbo de Dios nos enseñó, se han convertido en la carne y la sangre de Jesucristo que se hizo hombre por amor nuestro.

“El domingo que se llama el día del sol, todos los que viven en la ciudad ó en el campo, se congregan en un mismo lugar. Allí se leen los escritos de los apóstoles ó los libros de los profetas; y después el que preside pronuncia un discurso exhortando á los fieles á que practiquen las verdades que acaban de oír. Nos levantamos en seguida todos juntos, y hacemos nuestras oraciones: ofrécese el pan y el vino para consagrarlos y distribuirlos como he dicho; y los mas ricos dan libremente y según sus facultades, una limosna que se deposita en manos del presidente. Este atiende con aquel dinero á las necesidades de los viudas, de los huérfanos, de los enfermos, de los presos y de todos los pobres en general. Nos juntamos el domingo, porque es el primer día en que Dios hizo el mundo, y porque en el mismo resucitó Jesucristo de entre los muertos.”

San Justino concluye su apología con estas palabras: “Si la doctrina que acabamos de exponer os parece razonable, respetada como merece: si la juzgais impertinente, despreciada; pero no por eso condenéis á muerte á unos hombres que no han hecho ningun mal, porque no titubeamos en declararos que si perseveráis en esta injusticia, no evitáis el juicio de Dios. Nosotros que hemos cumplido nuestro deber, continuaremos diciendo á Dios: “Cúmplase su voluntad en todas las cosas.” Podíamos invocar las disposiciones contenidas en la carta del ilustre Adriano, nuestro padre; pero confiados en vuestra equidad, hemos preferido fundar nuestra defensa en la justicia de nuestra causa.” En seguida pone el rescripto de Adriano á Minucio Fundano.

Puede creerse según el testimonio de Orosio, que esta apología causó impresión á Antonino, y le hizo propicio á los cristianos (1). A lo menos es cierto que escribió á algunas ciudades, entre otras á Larisa, Tesalónica y Atenas, y generalmente á todos los griegos, prohibiéndoles que excitaran disturbios y sublevaciones contra aquellos (2). Consultado también por diferentes gobernadores, les mandó conformarse con el rescripto de Adriano. Finalmente, habiéndosele quejado los fieles del Asia de las vejaciones de toda clase que tenían que sufrir de sus conciudadanos, envió órdenes terminantes á los Estados de esta provincia por medio de una carta, que Eusebio ha conservado, y que contiene un testimonio tan honroso para los cristianos, que creemos debe insertarse aquí toda entera.

“Estoy bien convencido que los dioses mismos tendrán cuidado que esa clase de personas no eludan el castigo, porque á ellos mas que á vosotros toca castigar á los que rehusan adorarlos. Sublevándoos contra esos hombres á quienes acusais de impiedad, los haceis aun mas obstinados en su opinion, supuesto que no tanto desean vivir, como ser sentenciados á muerte y padecerla por su Dios; de modo que triunfan sacrificando su vida, antes que consentir en lo que exigís de ellos. Con respecto á los temblores de tierra pasados ó presentes, no es inútil exhortaros á que compareis vuestro abatimiento con las disposiciones de esas gentes, porque entonces tienen mas confianza en su Dios, cuando vosotros que en los tiempos comunes despreciáis igualmente el culto de los dioses y el del inmortal, perseguís hasta la muerte á los cristianos que le honran. Algunos gobernadores de provincia habian consultado ya á mi padre acerca de este punto, y les respondió que no habia que perseguirlos si no intentaban alguna empresa contra el imperio. A varios que me han escrito, tambien les he dado la misma respuesta. Si en lo sucesivo se continúa denunciando á alguno de ellos como cristiano, que no deje de ser absuelto aun cuando se le convenza de serlo en efecto, y que el acusador sea castigado según las leyes.”

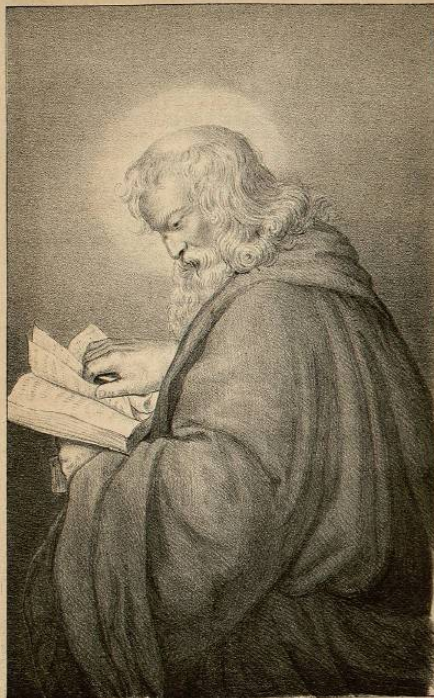
Este rescripto se envió el año 152, y se publicó en Efeso en la asamblea de los Estados del Asia. Por algun tiempo contuvo las persecuciones en dicha provincia; pero no hizo ley general, y después de la muerte de Antonino, aunque no se abrogó formalmente, no faltaron pretextos para eludir sus disposiciones; de manera que cesó de observarse y cayó en desuso como otros rescriptos particulares que no sobrevivían al principio de quien amaban. Por lo demas ofrece una nueva prueba de las persecuciones provocadas por los tumultos populares, al mismo tiempo que nos descubre su causa en la acusacion de impiedad que se repetía sin cesar, y prin-

(1) Orosio, Hist. lib. VII, cap. XIV. y estaciones de los profetas.
 (2) Eusebio, Hist. eccl., lib. IV, c. XXVII.

principalmente cuando sobrevenían calamidades en el imperio, que no dejaban de atribuirse á la cólera de los dioses irritados con los cristianos. Esta preocupacion subsistia aun entre los paganos al principio del siglo V; y San Agustín se vió obligado á refutarla en su libro de la *Ciudad de Dios*.

En el reinado de Antonino, y primer año del pontificado de San Aniceto, que fué elevado á la silla apostólica el año 157, fué á Roma San Policarpo, obispo de Smirna, á conferenciar con aquel Papa sobre diferentes puntos de disciplina, y particularmente sobre la celebracion de la Pascua. Las Iglesias del Asia menor y de algunas provincias inmediatas celebraban esta fiesta al mismo tiempo que los judíos, es decir, el día decimocuarto de la luna del primer mes, en cualquiera dia de la semana que cayese, queriendo en esto conformarse con la tradicion de los apóstoles San Juan y San Felipe. La costumbre de Roma, de Alejandria y de todo Occidente, era esperar al domingo siguiente á fin de celebrarla el dia en que Jesucristo resucitara. No pudiendo San Policarpo y San Aniceto, ponerse de acuerdo en este punto, despues de haber concordado en todo lo demas, convinieron en atenerse cada uno á su costumbre sin romper la paz y la comunión por esta disidencia. San Aniceto, por respeto á la edad y á las virtudes de San Policarpo, discípulo de San Juan, y dotado del don de profecía, le concedió el honor de celebrar en lugar suyo los santos misterios en la congregacion general de los fieles. No se alteró la paz entre todas las Iglesias á pesar de la diferencia de su uso en esta cuestion de disciplina. San Policarpo, durante su mansion en Roma, empleó su celo contra las heregías, y las impugnó con eficacia, oponiéndoles la autoridad del apóstol San Juan, cuyas instrucciones habia oido: restituyó al seno de la Iglesia á algunos de los que Valentin y Marcion habian pervertido. Suponen tambien diversos autores con mucha verosimilitud, que entonces fué cuando envió á algunos discípulos suyos para propagar la fé.

San Hegesipo, el primero que escribió la Historia de la Iglesia, fué tambien á Roma por el mismo tiempo con corta diferencia: era judío de nacimiento, y se agregó desde luego á la Iglesia de Jerusalem. Desde el tiempo de Adriano se distinguia entre los que combatian á los hereges de viva voz ó por escrito. Para probar mejor la verdad de la doctrina católica, quiso recorrer las diferentes Iglesias y recoger en todas partes las tradiciones apostólicas, comprobar su antigüedad, y manifestar por su misma uniformidad, que se habian conservado inalterables. En sus viages conferenció con varios obispos, y daba testimonio que habia oído de la boca de todos una sola y misma doctrina, y que no habia ninguna silla episcopal, contando la sucesion desde los apóstoles, en que no se guardase fielmente lo que los profetas y Jesucristo mismo habian enseñado. Durante su residencia en Roma, escribió con el objeto que acaba-



ST. HEGESIPPO, PRIMER HISTORIADOR DE LA IGLESIA.

mos de decir, los principales acontecimientos ocurridos en la Iglesia desde la pasion de Jesucristo hasta su tiempo. Dividíase la obra en cinco libros, y estaba escrita con mucha sencillez, porque el autor quiso imitar el estilo de los apóstoles así como su vida. Desgraciadamente se ha perdido esta obra, y no quedan mas que unos fragmentos conservados por Eusebio. Llegado á Roma Hegesipo, residió allí por mucho tiempo, y todavía permanecia en el pontificado de Eleuterio, que reemplazó en el año 177 á San Sotero, sucesor de San Aniceto. Se cree que murió hácia el año 180. Con el nombre de Hegesipo se han publicado cinco libros sobre la ruina de Jerusalem; pero evidentemente son de un autor mucho mas moderno.

El emperador Antonino murió el año 161 á los 74 de edad, sentido igualmente del pueblo y del senado. Su clemencia y sus demas virtudes le habian grangeado el renombre de piadoso y el título de padre de la patria. Dejó el imperio á sus dos hijos adoptivos, Marco Aurelio y Lucio Vero, que llevaron tambien el nombre de Antonino. Marco Aurelio, que era al mismo tiempo su yerno, fué declarado desde luego único emperador; pero al punto dividió el mando con Lucio Vero, á quien declaró su colega; y fué la primera vez que se vió reinar á dos emperadores juntos. El segundo, entregado enteramente á la molicie y dominado por sus libertos, casi no retuvo de la autoridad sino lo que necesitaba para satisfacer con mas facilidad sus vicios y su inclinación á los placeres. Ademas, solo reinó ocho años, y por su muerte dejó á Marco Aurelio único señor del imperio. Debía este á la naturaleza, excelentes calidades que su esmerada educacion aumentó tambien; pero tuvo asimismo los defectos inherentes al carácter de aquella educacion y de la filosofia que habia abrazado. Desde la edad de ocho años el emperador Adriano le habia puesto en compañía de los salios consagrados á Marte. Pasó por todos los cargos, desempeñó todas las funciones, aprendió de memoria todas las palabras que debia pronunciar en las ceremonias solemnes, y se atribuyó un mérito tan grande á su habilidad, que pronto se acostumbró á dar precio y valor á estas prácticas minuciosas. Suponia traer su origen del rey Numa, y afectaba asemejarsele por su adhesion y celo á la religion de los romanos. A la edad de doce años escasos, profesó abiertamente la filosofia, y se dedicó á ella con tanta pasion, que vistió el traje y recibió á veces el renombre de filósofo. Adoptó los principios de los estoicos, que á la verdad se distinguian por una moral mas austera; pero que tambien eran los mas supersticiosos, y que se jactaban sobre todo de ser inflexibles en sus resoluciones é inexorables por las menores faltas, porque tenian por máxima que todas las faltas son iguales, y que el sábio no se equivoca ni varia jamas.

Con tales disposiciones no es extraño que Marco Aurelio haya



mostrado rigor y hasta crueldad con los cristianos, que despreciaban todas las supersticiones paganas. También le instigaban contra ellos los filósofos, cuya influencia era omnipotente en su ánimo, y que no cesaban de combatir con sus calumnias la pureza de las virtudes evangélicas, tan evidentemente superiores á todos los esfuerzos de su ostentación. Sin embargo, no parece que haya publicado nuevos edictos para decretar una persecucion general; pero consintió y aun estimuló todas las persecuciones particulares, que se multiplicaron mas que nunca en las provincias, porque los pueblos no temian ya abandonarse á todas las inspiraciones de su ódio ciego, y los mismos gobernadores fomentaban este fanatismo, sea de resultas de sus prevenciones personales, ó para conformarse con las disposiciones del gefe del Estado. Las acusaciones de ateismo, las leyes contra las sociedades ó contra las religiones no autorizadas, la prohibicion de leer los libros proféticos y aun en algunos lugares las órdenes de los magistrados ó los decretos de las juntas populares, servian de pretexto á la persecucion, cuya consecuencia infalible era la muerte, conforme al edicto de Trajano, para todo cristiano que una vez acusado, no consentia en renegar su fé. Algunos ejemplos que referiremos en seguida, harán ver con qué furor pedía el pueblo la sangre de los cristianos. Para justificar este encauzamiento, se procuraba acreditar las calumnias esparcidas contra ellos, y se hacian sufrir los mas duros tormentos á esclavos, mugeres y niños, á fin de que declarasen que los cristianos cometian en secreto todo género de abominaciones y de crímenes.

La persecucion fué sobre todo violenta en Asia, donde los paganos y los judios ostentaban en todas las ocasiones los arrebatos de un fanatismo cruel: entonces fué cuando San Policarpo, obispo de Smirna, padeció el martirio con otros varios cristianos. Habia llegado á una edad muy avanzada, y gobernaba aquella Iglesia hacia cerca de 70 años: en ella le colocó antes de concluir el segundo siglo el apóstol San Juan, de quien era discípulo al mismo tiempo que San Ignacio. Parece tambien que habia conversado con otros apóstoles, ó á lo menos con algunos de los discípulos que habian visto á Jesucristo; y la ventaja de haber sido instruido por tales maestros, unida á su edad y al brillo de sus virtudes, le daba gran autoridad, que empleaba en conservar la pureza de la verdadera doctrina en todas las Iglesias de Asia. En tiempo del procónsul Cuadrato, gobernador de aquella provincia, doce cristianos de Efiletina fueron conducidos á Smirna, y sentenciados á muerte en diferente género de suplicios. Algunos fueron desgarrados con varas en tales términos, que de todas sus venas corrian raudales de sangre, y se descubrian hasta sus entrañas: á otros los estiraban en caballetes, y les hacian sufrir tormentos horriblos: para apurar su paciencia los echaban cubiertos de llagas sobre conchas ó piedras agudas; pero la esperanza de una recompensa próxima mitigaba la

violencia del dolor, y no pudo arrancárselos ni una queja, ni un suspiro. Algunos fueron expuestos á las fieras, entre otros un jóven llamado Germánico, cuya generosa firmeza sirvió para fortificar el valor de sus compañeros. Como el procónsul le exhortase á compadecerse de sí mismo, y á no sacrificar así una juventud floreciente, el santo mártir, en vez de escucharle, se adelantó al punto hácia un leon feroz, que le despedazó y le devoró. Esta constancia inflexible excitó la admiracion de los mismos paganos, algunos de los cuales no pudieron contener las lágrimas de vista de tantas crueldades; pero la multitud no por eso aplacó su furor, y el anfiteatro resonó con estos gritos tumultuosos: "Quitad á los impíos: que busquen á Policarpo."

Advertido el santo obispo que pedian su muerte, no se turbó; pero á instancias de los fieles consintió en retirarse á una casa de campo, donde se ejercitaba día y noche en orar por las necesidades de la Iglesia. Tres días antes que le prendiesen, tuvo una vision en que Dios le hizo conocer el género de suplicio que le esperaba, y anunció á los discípulos que le acompañaban, que debia ser quemado vivo. Como continuaban buscandole, se retiró á otra casa, donde llegaron casi al punto unos hombres armados que se apoderaron de dos esclavos jóvenes, y á fuerza de tormentos los obligaron á descubrir el lugar donde Policarpo se habia retirado. Condujolos uno de los esclavos, y hallaron al santo viejo acostado ya; sin embargo, tuvo aviso á tiempo para escaparse; pero no quiso, y se contentó con decir: "Hágase la voluntad de Dios." Despues se presentó á aquellos emisarios, mandó que le dieran de comer, pidió algun tiempo para hacer oracion, y concluida le montaron en un asno y le condujeron á la ciudad, á donde llegaron el día siguiente. Un magistrado de Smirna, llamado Herodes, que habia dado orden de prenderle, le salió al encuentro, le hizo subir en su carro, y le instó eficazmente á que salvara su vida sacrificando á los ídolos; pero Policarpo permaneció firme. Furioso entonces el magistrado, le hizo bajar del carro con tanta precipitacion, que el santo obispo se cayó é hirió gravemente en una pierna, sin dejar por eso de seguir con alegría á sus guardias que le llevaron al anfiteatro.

Cuando entró, una voz celestial que varios cristianos oyeron, le gritó: "Animo, Policarpo, no te desmientas." El procónsul, sentado en su tribunal, le preguntó su nombre y le mandó jurar por la fortuna del César y clamar con el pueblo: "Que quiten á los impíos;" que era el clamor ordinario contra los cristianos. Entonces Policarpo, dirigiendo sus miradas á la multitud infiel que llenaba el anfiteatro, y señalándola con la mano, exclamó dando un suspiro: "Quitad á esos impíos." El cónsul le instó á que jurara y maldijera á Cristo, pero él respondió: "Ochenta y seis años ha que le sirvo, y no he recibido mas que favores: ¿cómo podria yo consentir en blasfemar de es-

te Señor que se entregó por mi salvación?" Y como el procónsul insistía en que jurase por la fortuna de César, es decir, por su divinidad ó su genio protector; "¿Ignorais, dijo el santo, cuál es mi religión? Pues os declaro que soy cristiano; y si queréis saber en qué consiste esta religión, dadme un día y es la enseñaré." "Al pueblo es á quien hay que satisfacer," replicó el procónsul. "Os he respondido, dijo Policarpo, porque nos está mandado tributar á los magistrados y á las potestades establecidas todos los honores que no ofenden nuestra conciencia; pero en cuanto á ese pueblo furioso, no es digno de que yo me justifique ante él." El procónsul le amenazó en seguida con exponerle á las fieras ó mandarle quemar vivo; y no habiendo podido vencer su constancia, dió orden al pregonero de proclamar tres veces en el anfiteatro, que Policarpo se había declarado cristiano. Inmediatamente la multitud de judíos y de paganos gritó alborotada: "Ese es el jefe de los cristianos, el doctor del Asia y el enemigo de nuestros dioses: que le entreguen á las fieras." Pero el asiarca, es decir, el que era elegido por el consejo común de las ciudades del Asia para tener la intendencia de la religión de que los espectáculos formaban parte, respondió que ya no se podía hacer eso, porque los juegos estaban concluidos. Entonces pidieron todos á una voz que fuese quemado vivo, y corrieron de tropel á buscar leña para la hoguera: los judíos se mostraron como siempre los mas furiosos.

Dispuesta ya la hoguera, acercóse San Policarpo, y se quitó el ceñidor y sus principales vestiduras. Segun el uso iban á atarle con cadenas; pero pidió que prescindieran de esta precaución, añadiendo que Dios le daría fuerza para soportar el ardor del fuego: contentáronse, pues, con atarle las manos á la espalda. Levantó entonces el santo los ojos al cielo, y dijo en alta voz: "Dios Todopoderoso, Señor de todas las cosas, os doy gracias porque me habeis juzgado digno de padecer por vos, y de tomar parte en el cáliz de vuestro Hijo, á fin de resucitar á la vida eterna. Sed, pues, bendito y alabado para siempre, y séaos tributada toda gloria en Jesucristo y con él en la unidad del Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos." Apenas habia concluido esta oración, cuando se levantaron las llamas en grandes torbellinos; pero doblándose en forma de arco, hicieron una especie de bóveda al rededor del santo mártir, cuyo cuerpo exhalaba el olor de los perfumes mas exquisitos. Admirados los paganos de este prodigio, dispusieron que se llegase el verdugo, y luego que se cercióró de que el cuerpo no ardia, recibió orden de atravesarle con una espada: saltó la sangre con tanta abundancia que se apagó el fuego. Los cristianos se acercaron en seguida para sacar de la hoguera el cuerpo del santo mártir; pero los judíos hicieron todos sus esfuerzos para impedirselo, y su oposición fué tan tenaz, que el centurion encargado de presentar el suplicio, se resolvió á mandar quemar el cadáver; de manera que los

fieles recogieron solamente los huesos, que depositaron en un lugar digno de tan santas reliquias. El martirio de San Policarpo ocurrió en la primavera del año 166, probablemente el 23 de Febrero.

Todas las circunstancias de este martirio están sacadas de una carta que la Iglesia de Smirna escribió á la de Filadelfia, la cual habia pedido una relacion de aquel. Se ve en esta carta, copiada casi toda entera por Eusebio en su *Historia*, una prueba muy auténtica del culto tributado á los santos y á sus reliquias desde los primeros siglos. Despues de referir que Nicetas, padre de Herodes, fué á buscar al procónsul por instigacion de los judíos para pedir que no se permitiese á los cristianos llevarse el cuerpo del santo mártir, no fuera que llegasen á adorarle en lugar del crucificado, los fieles de Smirna añaden: "Parecia que ignoraban que nosotros no podremos nunca abandonar á Jesucristo, y que le adoramos porque es Hijo de Dios, sin que nos sea permitido adorar á otro. En cuanto á los mártires, que son sus discípulos é imitadores, justo es honrarlos con nuestro amor á causa de su invencible fidelidad hácia su Señor y rey." Hablando de los huesos que habian recogido, se expresa así: "Hemos encerrado en un lugar decente estas reliquias mas preciosas que el oro y las piedras finas; y esperamos que Dios nos conceda la gracia de poder juntarnos allí para celebrar con alegría la fiesta del bienaventurado mártir, á fin de honrar la memoria de los que han peleado generosamente, y de animar con su ejemplo á los que vengan en lo sucesivo."

Nos queda una carta de San Policarpo escrita á los cristianos de Filipos, con motivo, segun se ha visto, del martirio de San Ignacio. Contiene, como todos los escritos de aquellos tiempos apostólicos, instrucciones generales para todos los fieles, con una exposicion de los principales deberes anexos á las diferentes condiciones. El santo obispo traza en particular reglas de conducta para las mugeres casadas, para las viudas, para los presbíteros y para los diáconos. Exhorta á todos los cristianos á ayunar, á orar, á alejarse de los escandalosos y de los herejes, y á desconfiar de los vanos sistemas para adherirse á la doctrina enseñada desde el principio. Condena, sobre todo, fuertemente los principios de los gnósticos, que negaban la realidad de la Encarnacion y de la pasion de Jesucristo. En fin, puede observarse que al hablar de los mártires, dice expresamente que están al lado del Señor en el lugar de la recompensa; lo que suministra una nueva prueba de la tradicion antigua de la Iglesia sobre los dogmas opuestos al error de los milenarios. Se tuvo tanto respeto á esta carta de San Policarpo, que se leia públicamente en las Iglesias del Asia trescientos años despues: habia escrito otras varias, ya á Iglesias, ya á particulares; pero no han llegado hasta nosotros.

Pónese en los primeros años de la persecucion de Marco Aurelio, el martirio de Santa Felicitas, que fué sacrificada en Roma con sus

siete hijos, Genaro, Félix, Felipe, Silano, Alejandro, Vital y Marcial. Era aquella una viuda ilustre por sus virtudes aun mas que por su nacimiento, únicamente ocupada en la oracion ó en el cuidado de su familia, y que edificaba á todo el mundo con la santidad de su vida. Los Pontífices paganos la delataron al emperador, y dijeron que aquella viuda con sus hijos no cesaba de ultrajar á los dioses, y de atraer la cólera de éstos con su impiedad. Inmediatamente ordenó el emperador á Publio, prefecto de Roma, que la obligase á sacrificar á los dioses para aplacarlos. El prefecto la mandó presentárselo privadamente, y empleó la dulzura y las amenazas para ganarla; pero ella estuvo inflexible. Al día siguiente, Publio, sentado en su tribunal en la plaza de Marte, hizo comparecer á Felicitas con sus hijos, y la exhortó á que se compadeciera de ellos y no los perdiese por una obstinacion insensata. "La compasion que me aconsejas, respondió la viuda, sería una verdadera crueldad," y volviéndose despues á sus hijos, les dijo: "Levantad los ojos al cielo, hijos míos: allí nos espera Jesucristo con sus santos para coronarnos. Permaneced firmes en su amor, y combatid generosamente por la salvacion de vuestras almas." El prefecto mandó abofetearla, diciéndole en tono furioso: "Es mucho tu atrevimiento en darme á mi presencia tales consejos con desprecio de las órdenes de nuestros emperadores." Entonces llamó uno tras de otro á los siete hijos, y habiendo confesado todos la fé con animosa firmeza, los hizo conducir á la cárcel, y trasmitió el testimonio de su declaracion al emperador, que decretó la muerte de aquellos en diferentes suplicios. El mayor fué azotado hasta espirar, con corregüelas guarnecidas de balas de plomo: otros dos fueron muertos á palos: al cuarto le precipitaron de un lugar elevado: á los otros les cortaron la cabeza, y tambien á su madre, que pereció la última.

De allí á pocos años, es decir, hácia el de 166, fué martirizado en Roma San Tolomeo con otros dos cristianos. Habia convertido á una muger cuyo marido vivia encenagado en las mas infames liviandades: tambien ella habia tenido por mucho tiempo una vida desahogada. Mas habiéndose hecho cristiana, no se contentó con dar de mano á los desórdenes, sino que quiso separar á su esposo de ellos, y se esforzó en persuadirle, con la consideracion de las penas eternas, á que dejara sus criminales costumbres. No sirvieron las exhortaciones mas que para irritarle; por lo que resolvió ella separarse de su marido; y despues de sufrir con paciencia algun tiempo, viendo que de dia en dia se entregaba mas á sus pasiones brutales, le anunció el divorcio conforme á las leyes romanas. Furioso el marido acusó á su muger como cristiana ante el emperador; pero ella por su parte pidió y obtuvo permiso para arreglar primero sus negocios domésticos, prometiendo contestar despues á la acusacion. Como el marido no podia ya perseguirla, convirtió su despecho contra Tolomeo, y le acusó ante Urbico, prefecto de Roma, que

consintió su prision, encargando á un centurion que la ejecutara, y preguntase simplemente al acusado si era cristiano. Tolomeo lo declaró sin vacilar; y al punto fué metido en una cárcel rigurosa, donde padeció mucho antes de comparecer en el tribunal del prefecto. Este se limitó á hacerle la misma pregunta, y en vista de su confesion pronunció contra él la pena de muerte. Al conducirle al suplicio se acercó al prefecto otro cristiano llamado Lúcio, y le hizo este cargo: "¿Por qué motivo condenas á un hombre que no está convicto ni de adulterio, ni de homicidio, ni de robo, ni de ningún otro crimen, sino solo de ser cristiano y declararse tal?" Urbico le respondió: "Me parece que tú tambien lo eres;" y como Lúcio lo confesase, fué en el acto condenado á muerte. Llegó otro cristiano que hizo al juez el mismo cargo, y que tambien fué enviado al suplicio sin otra forma de proceso.

Estas condenaciones injustas determinaron á San Justino á componer una segunda apologia, dirigida á los emperadores y al senado. Tomando primero ocasion del martirio de San Tolomeo para demostrar la iniquidad repugnante de las sentencias pronunciadas contra los cristianos, trata de destruir las preocupaciones de los paganos que imputaban á erimen la constancia de aquellos, porque ya se ha visto que Plinio la consideraba como una razon suficiente para condenarlos; y Marco Aurelio, en una coleccion de sentencias morales que tenemos, descubre la misma preocupacion, diciendo que es menester estar siempre dispuesto para morir; pero por un juicio propio y no por una obstinacion irreflexiva como hacen los cristianos. Fingíase creer que no buscaban mas que la muerte, con aquella firmeza que despreciaba todas las amenazas, y se les preguntaba en tono insultante: "¿Por qué no os matais sin incomodaros mas?" A lo que responde San Justino, que la fé que tienen en la Providencia no les permite hacerlo; pero que siendo preguntados acerca de su religion, no pueden tampoco negarla, teniendo como tienen en todo por un crimen ocultar la verdad. Dice despues que los demonios son los autores de la idolatría: que ellos excitan persecuciones contra los cristianos, como han hecho siempre contra los que han seguido la recta razon; pero que Dios vengará un día la sangre de sus siervos con suplicios eternos, cuya realidad prueba el auto apologista en pocas palabras. Por lo demas, no teme apelar á la experiencia de los mismos paganos, para manifestar el poder de Jesucristo sobre los demonios. "Pruebas teneis, dice, en lo que pasa á vuestra vista, en vuestra ciudad y en todo el resto del mundo, porque sabeis que muchos poseidos que vuestros mágicos y encantadores no habian podido liberrar, lo han sido por los cristianos exorcizándolos en nombre de Jesucristo." Llega al punto de las calumnias de los paganos, y acusa á los magistrados de poner en el tormento á esclavos, mugeres y niños, para arrancarles la declaracion de las abominaciones que imputaban á los cristianos. "Los

que nos acusan, contienda, de estos crímenes, los cometen ellos mismos y los atribuyen á sus dioses: nosotros, que no tenemos ninguna parte en ellos, sufrimos con paciencia sabiendo que Dios es testigo de nuestra inocencia." Concluye pidiendo que esta defensa se haga pública, á fin de que sepa todo el mundo lo que son los cristianos, y puedan verse libres de las sospechas injustas que los exponen á los suplicios. "Nuestra doctrina, dice San Justino, no tiene nada de vergonzoso: no se parece en nada á las lecciones de los epicúreos, á los escritos de Filenis, de Sotades y otros semejantes, cuya lectura se permite á todo el mundo." (1) Por estas palabras parece que los emperadores habían prohibido la publicación y la lectura de todos los escritos de los cristianos en favor de su religión. No se ve que esta apología produjese ningun resultado.

El mismo San Justino no tardó en ser víctima de su celo por la defensa de la religión. Se había grangeado el ódio de Crescente, filósofo cínico, cuyas costumbres correspondían completamente á los principios de su secta: hombre lleno de orgullo, ávido de aplausos, de codicia insaciable y entregado á los amores mas infames; pero que al propio tiempo gozaba un gran favor, hasta el punto de haberle señalado el emperador una pensión de seiscientos escudos de oro. Este sofista á quien el desce de ser aplaudido impelia á denigrar á los cristianos con las calumnias mas odiosas, había sido confundido en una conferencia pública por San Justino, que acababa tambien de quitarle la máscara; y ardiendo en deseos de venganza, no quedó satisfecho hasta conseguir la condenacion de su enemigo á muerte. Pero el santo doctor con algunos discípulos suyos, fué presentado en el tribunal de Rústico, prefecto de Roma, que le tomó declaracion acerca de su profesion, residencia, doctrina de los cristianos y lugar de sus reuniones. San Justino respondió, que despues de haber experimentado todas las sectas de filosofía, y buscando la verdad por todas partes, se había fijado al fin en la filosofía de los cristianos, sin cuidarse de las preocupaciones: que su doctrina consistia en creer un solo Dios, creador de todas las cosas, y en reconocer á Jesucristo su Hijo que ha esparcido por la tierra la luz y la gracia de la salvacion, y que debe venir algun día á juzgar al género humano. Declaró que vivia y tenia su escuela en los baños de Timoteo; pero en cuanto á los lugares donde se reunian los cristianos, se resistió á indicarlos y se contentó con decir: "¿Creéis que acostumbramos á reunirnos todos en el mismo sitio? No está encerrado nuestro Dios en un lugar particular. Invisible igualmente que inmenso, llena el cielo y la tierra, y los fieles le adoran y glorifican por todas partes. El prefecto preguntó despues á cada uno de los

(1) Se atribuis á Filenis una obra llena de los pormenores mas repugnantes acerca de las deshonestedades que pueden cometer las mugeres. Sotades era un poeta jónico, cuyos escritos eran una coleccion de infamias de otro género.

compañeros del santo doctor, y todos respondieron con la misma firmeza, que eran cristianos. Dirigiéndose despues á San Justino, le dijo: "Pero tú que te jactas de poseer la verdadera ciencia, cuando tengas desgarrado el cuerpo á azotes desde los pies á la cabeza, ¿crees que subirás al cielo?" "No solamente lo creo, respondió Justino, sino que lo sé, y estoy tan seguro que no me queda la menor duda." "Concluyamos, repuso el prefecto, preparaos todos á sacrificar á los dioses, ó os mandaré atormentar á todos sin compasion." Todos respondieron: "Apresuraos á hacer lo que queráis: nosotros somos cristianos, y no sacrificamos á los ídolos. Al punto pronunció el prefecto esta sentencia: "Los que se han resistido á sacrificar á los dioses conforme á las órdenes del emperador, sean azotados con varas y conducidos al suplicio como ordenan las leyes." Ejecutóse en el acto la sentencia, y despues de muertos los santos mártires, algunos fieles se llevaron secretamente sus cadáveres y los encerraron en un lugar decente. Los compañeros del santo doctor eran Cariton, Hieras, Peon, Evelpisto, Liberiano, y una muger llamada Caritina. Su martirio ocurrió el año 167.

San Justino es á un tiempo uno de los mas antiguos y de los mas ilustres Padres de la Iglesia. Había compuesto gran número de obras, que no han llegado todas hasta nuestros dias: las que nos quedan ademas de las dos apologías, son dos discursos dirigidos á los gentiles, donde explica los motivos que le determinaron y que deben obligar tambien á todos los paganos á dejar la idolatría para abrazar el cristianismo; una parte de su tratado de la *Monarquía* ó de la unidad de Dios, que se dirige á probar la antigüedad y la verdad de este dogma por el testimonio de los autores paganos; finalmente, su diálogo con Trifon, que es un tratado de controversia contra los judíos, en que San Justino demuestra la divinidad de Jesucristo y la verdad de su doctrina, explicando todas las profecías que se refieren al Mesías, y demostrando que se han cumplido enteramente en la persona de Jesucristo. Insiste con particularidad en la conversion de los gentiles, predicha tantas veces en los libros santos, y prueba la abolicion de la antigua ley, no solo por la imposibilidad de practicarla, sino por diversos pasages de la Escritura, donde Dios promete una nueva ley y una nueva alianza. Con todo, confiesa que algunos cristianos continuaban sujetándose todavía á las observancias legales, y no se atreve á condenarlos. Responde despues á las objeciones de los judíos, y cita las profecías que habían anunciado las humillaciones y la muerte de Jesucristo: manifiesta con diversos ejemplos que aquellos alteran la Escritura y que corrompen su sentido con las interpretaciones mas groseras: les echa en cara tambien las maldiciones que pronunciaban en sus sinagogas contra los cristianos, y la malignidad que los inducia á propagar las calumnias difundidas por sus padres. A las pruebas sacadas de la Escritura para demostrar la divinidad del cristianismo,